

RESEÑAS

Arthur Charles Dayfoot, *The Shaping of the West Indian Church, 1492-1962*, Kingston/Gainesville, The Press University of the West Indies/University Press of Florida, 1999, 360 p.

Esta obra estudia la historia del cristianismo en el Caribe de habla inglesa. El autor utiliza el término tradicional de *West Indies*, inicialmente empleado para definir la región del Caribe desde la perspectiva del imperio inglés y posteriormente usado de manera exclusiva para designar al Caribe angloparlante. El título de la obra alude a "the Church", sin que esto apunte a una Iglesia en concreto. Dayfoot recurre a una interpretación más teológica que sociológica, hablando de una Iglesia universal que incluye a todas las iglesias cristianas, aunque pretende que el término sea más histórico que teológico (p. 4). La otra palabra del título, "The Shaping", se refiere a la visión dinámica del autor sobre el desarrollo de las iglesias, las cuales no representan una sociedad religiosa perfecta sino una sociedad imperfecta en vías de evolución. Así, el título sugiere que interesa más al autor la institución eclesiástica y su historia, desde la perspectiva del misionero, aunque haya expresado su intención de abordar a la Iglesia como movimiento más que como institución (p. 2). Tal situación no nos debe extrañar conociendo el currículo del autor: un pastor retirado de la Iglesia Unida de Canadá que trabajó como misionero en la Iglesia Presbiteriana en Trinidad y Granada de 1952 a 1974, siendo director del St. Andrew's Theological College en Trinidad de 1961 a 1970. Años más tarde trabajó en su tesis de doctorado, que presentó en 1982 en la Toronto School of Theology, y que forma la base del presente libro.

La historia comienza en 1492, cuando llega Cristóbal Colón al Caribe, y termina en 1962, cuando Jamaica y Trinidad consiguen su independencia política, pero Dayfoot no se olvida de dedicar un capítulo (*New World and Old Backgrounds*) a la historia del Nuevo Mundo previa a la llegada de los españoles. Presenta un breve resumen de la situación de los pueblos indígenas asentados en la región, del contexto de la Iglesia católica en Asia, Europa y África anterior a la expansión colonialista moderna, de las características del Islam y la religión tradicional en África y Asia, y del entorno religioso de la península ibérica antes de 1492. En los siguientes dos capítulos, *The Spanish Catholic Monopoly, 1492-1655/1797* y *Jamaica and Trinidad under Spanish Rule*, describe el monopolio católico español en la región, que llega a su fin con la colonización de Jamaica en 1655 y Trinidad en 1797 por parte de Inglaterra. Destaca tanto la defensa de indígenas por parte de los misioneros dominicos, especialmente por la figura de B. de Las Casas, como la defensa de los negros por los jesuitas A. Sandoval y P. Claver. El autor dedica un capítulo a la llegada de otros europeos a la región desde el siglo XVI: comerciantes, piratas, puritanos y bucaneros, que son presentados como los primeros protestantes que lucharon contra el monopolio católico español (*The Monopoly Breached, 1552-1670*). En el sexto capítulo, *Seventeenth Century Colonization and the Churches*, se analiza el desarrollo religioso, especialmente el de la Iglesia anglicana, en las colonias inglesas y se revisa la situación de los colonizadores no-europeos, pues, sostiene el pastor, fueron los cuáqueros los primeros entre los protestantes, desde el siglo XVII, quienes plantearon la necesidad de evangelizar a los negros y que cuestionaron la esclavitud. Asimismo, caracteriza al Caribe como una región fundamental para el movimiento migratorio de los hugonotes.

En efecto, en el siglo XVII se estableció en las colonias inglesas la economía de plantación dirigida a la exportación del azúcar y basada en la explotación del trabajo esclavo. Hasta el siglo XIX los esclavos fueron excluidos de la comunidad cristiana, especialmente de la Iglesia de Inglaterra, que institucionalmente quedó establecida en toda el área y cuya autoridad era primero el obispo de Londres y después la Society for the Propagation of the Gospel (SPG). La resistencia de la "plantocracia" colonial contra la cristianización de los esclavos fue un factor decisivo (capítulo 7: *Sugar,*

Slavery and the Planters' Church, 1655-1824). Fue el movimiento evangélico de las iglesias no-establecidas (las iglesias morava, metodista, bautista y congregacional), el que procuró la cristianización de los esclavos en el periodo entre 1732 y 1823 en las colonias inglesas. En el capítulo 8, *The Evangelical Movement and the Slaves, to 1823*, el autor argumenta que antes de 1823, por su espíritu más misionero, una ética más igualitaria y una mayor libertad ante las tradiciones sociales y eclesiásticas, las iglesias no-establecidas tuvieron más éxito que la Iglesia anglicana, que fracasó en incorporar a esclavos en la comunidad cristiana.

El aporte más novedoso del libro es el capítulo 9, *Other Pre-Emancipation Developments, to 1823*, cuya idea central es que el trabajo misionero entre los esclavos por parte del movimiento evangélico llevó a la oposición y persecución de la misión evangélica de 1787 a 1823 por la plantocracia, y que ésta a su vez provocó la reacción en contra de la esclavitud y ayudó a estimular la opinión pública a favor de la emancipación. La persecución religiosa del trabajo evangélico entre los esclavos motivó que el público tomara conciencia de que la esclavitud y la cristianización eran incompatibles, lo que finalmente llevó a la opción por el cristianismo y en contra de la esclavitud. Dayfoot resalta en el capítulo 10, *Emancipation and After, 1823-1870*, las actividades educativas de las diferentes iglesias en favor de la población negra, incluyendo la Iglesia anglicana que en este periodo se volvió más misionera; también aborda el "disestablishment" de la Iglesia de Inglaterra en 1870, con el cual la Iglesia anglicana dejó de ser la iglesia oficial en las colonias inglesas.

En el último capítulo, *The Late Colonial Period, 1870-1962*, el teólogo analiza casi un siglo de desarrollo de las iglesias cristianas, destacando la consolidación del pluralismo religioso como algo establecido en las colonias inglesas. Contiene datos novedosos sobre la incorporación de los inmigrantes indios de la India a la Iglesia presbiteriana gracias al trabajo de misioneros de Canadá. Defiende que la Misión canadiense logró que una cantidad significativa de indios se adhiriera a las iglesias cristianas. El primer misionero canadiense llegó a Puerto Príncipe, Trinidad, en 1868, el Reverendo Morton. El autor, que es canadiense, subraya también la llegada de las "nuevas iglesias" de los Estados Unidos al Caribe inglés: la Iglesia adventista, la Iglesia de Dios y

otras numerosas iglesias pentecostales que, contrario a lo usual en la literatura especializada, el autor caracteriza como "nuevas" y no como evangélicas, término que usa exclusivamente para las iglesias no-establecidas que se asentaron en el siglo XVIII y principios del XIX. Estas "nuevas" iglesias, que adquieren gran influencia en el siglo XX, comparten según Dayfoot diversos rasgos, como una lectura fundamentalista de la Biblia, el énfasis en la conversión del adulto, la importancia de la sanación por la fe y la participación activa y emotiva en el culto con aplausos, testimonios, bailes, cantos rítmicos y oraciones entusiastas. Finalmente, el autor menciona la cooperación ecuménica entre las iglesias como un fenómeno importante del siglo XX, que quedó expresada en la fundación de diversos institutos de formación teológica para educar pastores y líderes religiosos de la región misma, y que contaban con el respaldo de diversas iglesias cristianas.

La obra culmina con unas conclusiones que integran una profunda reflexión sobre el fenómeno cristiano en el Caribe. Primero, agrupa a la Iglesia católica y la anglicana como instituciones "nacionales" y "eclesiásticas-jerárquicas", que pretendían evangelizar por medio de alianzas con los estados. Las otras denominaciones cumplían con su misión desde abajo, él las llama las "iglesias de los no-privilegiados": los cuáqueros, moravos, metodistas, bautistas, discípulos de Cristo y los presbiterianos de la Misión canadiense y, posteriormente, la Iglesia adventista, la Iglesia metodista episcopal africana, el Ejército de salvación y las iglesias pentecostales. Resalta el proceso de separación entre Iglesia y Estado en el siglo XIX, pero éste no excluyó en la etapa posterior momentos de cooperación entre los gobiernos y las iglesias. Recalca que gracias a las colonias no-españolas se estableció la diversidad religiosa en el Caribe. También que la llegada de religiones no cristianas de la India reforzó el pluralismo religioso, que a su vez favoreció la separación Iglesia-Estado.

En el Caribe era más común la tolerancia religiosa; la libertad religiosa creció en los siglos XIX y XX especialmente. Dayfoot concluye entonces que los momentos de intolerancia religiosa de las misiones evangélicas fueron motivados no por razones religiosas sino por causas sociales, donde se quería mantener una separación estricta entre esclavos no-cristianos y los blancos cristianos, pero esta situación se volvió insostenible por la irrupción de los

negros en todas las iglesias cristianas en el siglo XIX. En el Caribe inglés, las iglesias se convirtieron prácticamente en iglesias negras, una vez que, antes y después de la emancipación, el sector afrocaribeño se incorporara de manera masiva a las iglesias cristianas. Con justa razón termina resaltando el pluralismo religioso como la característica más sobresaliente que, sin embargo, no excluyó la cooperación entre las diversas iglesias; de hecho, sucedió todo lo contrario: el Caribe ha producido un rico movimiento ecuménico.

Se trata, pues, de un libro sumamente informativo, muy bien escrito y muy bien documentado con sus 100 páginas de referencias bibliográficas. Los misioneros más destacados del Caribe inglés encuentran un lugar en esta historia: Christopher Codrington, Leonard Dober, George Liele, James Ramsay, William Hart Cole-ridge y William Knibb. Por la identidad protestante del autor el catolicismo romano en el Caribe inglés tiene un sitio marginado en el libro, pero definitivamente Howard K. Gregory, presidente del United Theological College of the West Indies, quien escribió el prefacio de la obra, tiene razón al afirmar que es una obra fundamental para los que quieren entender el cristianismo en el Caribe angloparlante.

ARMANDO LAMPE

Universidad de Quintana Roo

Diómedes Núñez Polanco, Josefina Pimentel y Gisela Vargas Ortega (comps.), *Juan Bosch, Aproximaciones a una vida ejemplar*, Santo Domingo, Fundación Juan Bosch, 2002, 331 pp.

Con el presente libro, *Juan Bosch. Aproximaciones a una vida ejemplar*, podemos decir que nos encontramos en presencia de un texto monumental, de una verdadera obra enciclopédica.¹ Enciclopédica, porque traza el perfil de una figura emblemática, de carácter nacional e internacional, como es el Profesor Juan Bosch, quien incursionó e hizo aportaciones en diversas

¹ Texto leído en la presentación del libro, realizada el jueves 6 de junio de 2002 en el Auditorium de la Biblioteca Cardenal Octavio Beras Rojas, de la Universidad Católica de Santo Domingo.

disciplinas, gracias a sus conocimientos universales y a sus prácticas como intelectual orgánico, logrando insertarse en la historia del pueblo dominicano y de nuestro país. Enciclopédica, además, porque es el producto del análisis y reflexión de cerca de tres decenas de intelectuales y políticos, que en distintos auditorios y con motivo del 92 aniversario de su nacimiento, a lo largo de toda la geografía nacional, abordaron diferentes dimensiones de la vida ejemplar de quien fuera precisamente el más prominente pensador político dominicano del siglo *xx* y, por lo mismo, el mentor y el fundador de planteamientos en los cuales se formaron los referidos expositores.

En tercer lugar, se trata de una obra enciclopédica porque cada uno de los autores, desde diferentes perspectivas disciplinarias, hace un esbozo introductorio de diversas temáticas que, en la mayoría de los casos, demandarían de investigaciones más amplias; de ahí el acertado subtítulo de la obra, "Aproximaciones a una vida ejemplar". Configurar un texto así constituyó a la vez un gran reto para la intelectualidad dominicana, al encontrarse ante una figura multidisciplinaria, interdisciplinaria e, incluso, transdisciplinaria, dimensión esta última que, por su complejidad, sólo han podido alcanzar los grandes humanistas y pensadores universales.

Pero a este carácter enciclopédico de la obra hay que agregar un elemento de no menor importancia, no siempre fácil de alcanzar y que le confiere mayor riqueza, y es el valor testimonial de la misma, pues como señala Doña Carmen Quidiello de Bosch, "la mayoría de los autores de los trabajos que aquí se recogen conocieron y trataron a Don Juan durante años" (p. 9).

Sin embargo, como suele ocurrir con este tipo de libros —que no fueron concebidos originalmente como tales, sino como compilación de trabajos de diversos autores— hay planteamientos que se repiten. Ello es algo inevitable. Afortunadamente, y posiblemente sin proponérselo los autores, encontramos que cuando esas repeticiones se han producido, los textos suelen complementarse. Es decir, un autor esboza un planteamiento o tesis y otro lo desarrolla más ampliamente. De todas maneras, aun así, ello le da una mayor libertad y agilidad al lector, pues éste no es prisionero de la lógica expositiva del autor, sino que puede moverse

con mayor libertad en cada capítulo, en el orden que él considere conveniente. No obstante, hay un gran reto para el comentarista, pues en vez de un libro tiene que enfrentarse a varios libros, es decir, a diversas tesis y planteamientos, quedándole en ocasiones la duda de cuáles de ellas escoger para hacer un comentario. Pero ése es nuestro trabajo, que esperamos poder resolver satisfactoriamente.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

Los treinta trabajos que conforman el presente libro se reagruparon alrededor de tres grandes temas: 1) literatura y cultura; 2) valores éticos; y 3) democracia. Los trabajos de cada uno de estos temas se encuentran atravesados por un eje articulador: Juan Bosch, que es la figura emblemática de la sensibilidad social, del amor a su patria y a su pueblo, de quien fue el gran educador, el maestro, el profesor. Dicho eje articulador se sintetiza en Juan Bosch como paradigma de la dignidad y la honestidad.

Estos tres grandes temas: literatura y cultura, valores éticos y democracia, permiten darle una sólida coherencia a la obra, pues los autores, no obstante haber desarrollado sus exposiciones en fechas y auditorios distintos, a lo largo y ancho de todo el país, tratan de destacar las aportaciones —o más bien de realizar “aproximaciones”, para ajustarnos al acertado subtítulo de la obra— realizadas por Juan Bosch en las diferentes disciplinas y actividades en las que él incursionara, incluyendo las de estadista, y jefe de Estado, y subrayando siempre la coherencia que se produjo entre la teoría y la práctica, entre el discurso y los hechos, entre su pensamiento y su forma de vida. Esta coherencia está presente, por ejemplo, tanto en la literatura como en la política. Pero además de ello, en todas las disciplinas en las que incursionó Bosch, siguiendo los lineamientos de su gran mentor, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, antepuso su papel de pedagogo, es decir, de educador, de maestro, de profesor. En este sentido, precisamente uno de los autores, Luis de León, señala que “en términos culturales y educativos, Juan Bosch nos enseñó a pensar y a razonar como pueblo, como sociedad y como

nación dominicana” (p. 178). En esta misma perspectiva se expresa Bruno Rosario Candelier cuando nos dice que “Bosch es la conciencia moral de nuestro pueblo. Ha enseñado a los dominicanos a pensar, a organizarse, a respetarse, a valorarse y a defenderse (...)” (p. 28).

LA DIFÍCIL TAREA DE FORJAR UNA NUEVA IDENTIDAD NACIONAL Y CULTURAL

Después del papel jugado durante el siglo xx por Juan Bosch en el escenario político, social y cultural, República Dominicana no podrá ser el mismo país. En términos del análisis político, sociológico, histórico y literario, hay, sin lugar a dudas, un antes y un después de Juan Bosch. Tal y como lo ha señalado el ex presidente Leonel Fernández, Bosch, como “el más notable pensador político que ha dado la República Dominicana en toda su historia”, ha influido de una manera decisiva en el desarrollo de la identidad cultural y nacional dominicana y en la búsqueda de las raíces de la “dominicanidad”. Las identidades, como ustedes saben muy bien, se construyen, se forjan, y el peso que en estas tareas han tenido en República Dominicana los sectores conservadores, desde el advenimiento del país como nación independiente, en 1844, así como durante todo el siglo xx, hasta la actualidad, ha sido decisivo. En el siglo xix el desarrollo del pensamiento liberal fue precario, y por lo tanto el peso que tuvo en la sociedad fue muy escaso, aun en los mejores momentos a raíz de la Guerra de Restauración. En el siglo xx, la mayor parte del mismo, nada menos que 53 años, fuimos gobernados de manera autoritaria por dos hombres: Rafael L. Trujillo y Joaquín Balaguer, cuyos gobiernos trastocaron el desarrollo de la democracia, la institucionalidad y la identidad nacionales. De no ser así, ¿porqué hemos ofrecido nuestras más importantes avenidas, como capital simbólico, a personajes foráneos que en nada han contribuido al desarrollo nacional, y que posiblemente ni siquiera sabían dónde quedaba la República Dominicana? ¿por qué no las ofrecimos a aquéllos que supieron ofrendar su vida para lograr una patria con libertad, con justicia, aquéllos que han sabido defender nuestra soberanía nacional, o a aquéllos que han enriquecido

nuestro acervo cultural con sus aportaciones artísticas y literarias?, ¿es que acaso el país no ha producido tales personajes, o sencillamente no interesa que sus nombres perduren en la memoria histórica dominicana? Por otro lado, ¿cómo se explica que tengamos como “héroes nacionales” a figuras que se aliaron y sirvieron a tropas extranjeras de ocupación en este país, y que en realidad han traicionado a la patria?

De ahí justamente la importancia del papel jugado por Juan Bosch en el siglo *xx*, para enfrentarse al papel hegemónico que han tenido los sectores conservadores en el poder y para tratar de darle continuidad al proyecto nacional de Juan Pablo Duarte, Gregorio Luperón y Ulises Francisco Espaillat. Sabemos, sin embargo, que la labor no ha sido nada sencilla. Por defender los ideales que tenía, Bosch tuvo que vivir más de un cuarto de siglo fuera de su país, en el exilio, como también tuvieron que hacerlo en su momento Duarte, Luperón y los más prominentes pensadores dominicanos. En síntesis, por sus ideales, Juan Bosch tuvo que conocer y sufrir el exilio, el asilo, así como atentados, cárcel, golpe de Estado, ocupación militar estadounidense y sucesivos fraudes electorales, con el único objetivo de impedir que llegara al poder e hiciera realidad su proyecto político, la instauración de un régimen democrático. Pero aun en esas condiciones adversas, el Profesor logró sembrar, enseñando a pensar al pueblo y fundando los dos únicos partidos modernos mayoritarios, con vocación de poder que existen en el país, el Partido de la Liberación Dominicana, *PLD*, y el Partido Revolucionario Dominicano, *PRD*, con todas las diferencias que sabemos existen entre ambos, en algunos casos abismales. Dentro de la concepción boschiana, “El *PRD* es la prehistoria del *PLD*, y sin esa prehistoria no habría un *PLD*”. Por alguna razón, Bosch renunció al *PRD* en 1973, hace ya 19 años, para fundar el *PLD*. Y decimos que fundó los dos únicos partidos modernos existentes en el país porque el otro, el Partido Reformista Social Cristiano, *PRSC*, independientemente de la amplia base de sustentación social que innegablemente tiene, es un partido premoderno, de carácter caudillista, decimonónico, que difícilmente podrá sobrevivir a su caudillo fundador, a menos de que se reestructure y se convierta en un partido moderno o, en cambio, logre el reemplazo de su liderazgo.

LITERATURA Y CULTURA

En la primera parte del libro, los trece trabajos allí reunidos abordan las aportaciones hechas por Juan Bosch en el ámbito de la literatura y la cultura, muy particularmente a través de lo que Bruno Rosario Candelier denomina una sensibilidad peculiar, vigorosa, refinada, que le permitió a Bosch llegar a lo más profundo del alma de nuestro campesinado, de nuestro pueblo, para establecer una comunicación con él y con la sociedad dominicana, que no se disolvería a lo largo del siglo veinte y que perdura hasta la actualidad, y que sin lugar a dudas trascenderá en el futuro. Esa sensibilidad estética —que entraña y se homologa con una profunda sensibilidad social y política— lo convertiría en un Maestro del cuento, reconocido así internacionalmente, e incluido en las más importantes antologías del cuento en Hispanoamérica.

Precisamente siete de los trece trabajos recogidos en la primera parte del libro están dedicados a la edición que recientemente hiciera la prestigiosa editorial mexicana, Alfaguara, de los cuentos de Juan Bosch, bajo el título de *Cuentos más que completos*. Esta edición de Alfaguara constituye indudablemente un reconocimiento a la obra de Juan Bosch; pero también cubre una deuda que esta casa editorial —como difusora de los más prestigiados literatos y cuentistas latinoamericanos— tenía con la obra literaria de Bosch, un maestro del cuento hispanoamericano. Por ello, al incluirlo en su fondo editorial, ella misma ha quedado altamente prestigiada. No debemos perder de vista los siguientes aspectos: a) que la presencia de Juan Bosch en México se remonta a la década de los cuarenta cuando, desde el exilio, y en su lucha contra la dictadura de Trujillo, hizo sus primeros viajes a ese país, estableciendo amistad con Vicente Lombardo Toledano y los más destacados intelectuales y líderes políticos mexicanos; b) que la obra de Bosch ha sido publicada al menos por cuatro importantes editoriales de México: Siglo XXI, que publicó varias ediciones del libro *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*;² el Fondo de Cultura Económica, que ha incluido

² 1967, primera edición, 148 pp.

uno de sus cuentos en alguna de sus clásicas antologías;³ la Secretaría de Educación Pública, SEP,⁴ y la UNAM, que publicó en años recientes una antología relativa a la teoría sobre el arte de escribir cuentos, e incluye un trabajo de Bosch.⁵ Además de ello, las primeras ediciones del libro *Crisis de la democracia de América Latina en la República Dominicana*, como es bien conocido, fueron hechas en México;⁶ c) que Juan Bosch —a quien la Universidad Nacional Autónoma de México acaba de rendirle un homenaje—⁷ fue el primer presidente dominicano en hacer una visita oficial a México y que, por cierto, fue la única que realizó al extranjero en su calidad de jefe de Estado.

En síntesis, esa sensibilidad estética y social de que hiciera gala Juan Bosch, y que lo convirtió en un maestro del cuento hispanoamericano, no sólo le permitió establecer una perdurable comunicación con la sociedad dominicana, sino que también le dio proyección internacional a nuestro país.

VALORES ÉTICOS

Si bien es cierto que la sensibilidad, la honestidad y la dignidad constituyen un hilo articulador que atraviesan los trabajos a lo largo de todo el libro, la segunda parte del mismo, que consta de cinco artículos —con una mayor amplitud y profundidad que los anteriores—, es la que aborda de una manera especial dicha temática. Esos principios éticos, que hunden sus raíces en las aportaciones hostosiana, martiana y bolivariana, pero que anteceden a las mismas, acompañaron a Bosch toda su vida en las dife-

³ Cf. "La mujer", en Seymour Menton (ed.), *El cuento hispanoamericano*, 1a. edición, 1964; 1998 4a. reimpresión, pp. 305-310.

⁴ Cf. "La mujer", Francisco Rojas González, *Antología del cuento americano contemporáneo*, SEP, 1952, pp. 239-243.

⁵ Nos referimos a "Apuntes sobre el arte de escribir cuentos", incluido en el libro *Teorías de los cuentistas*, Lauro Zavala (comp.), Difusora Cultural, UNAM, 1993, pp. 253-281.

⁶ Centro de Estudios y Documentación Sociales, A. C., 1964, 227 pp.

⁷ Cf. *Hoy*, "La UNAM rindió homenaje a J.B.", 1º de marzo de 2002; *Listin Diario*, 3-Marzo-2002; *La Jornada*.

rentes disciplinas que cultivó, y de manera especial en la política. “Quien no vive para servir, no sirve para vivir”, constituye la divisa principal que orientó el pensamiento y las acciones de Bosch. “El deber del hombre, como ser individual y social —decía el Profesor— es convertir en hechos aquello en que cree, y debe cumplir con ese deber aunque sepa que a él no le tocará, como dijo Martí, sentarse a la sombra del árbol que siembra”. Nada más lejano a los principios del pragmatismo que han normado la vida política dominicana y que bebieron en la fuente de Maquiavelo, expresada en la clásica divisa del “fin justifica los medios”, que en el medio político dominicano cuenta con más de un prominente cultivador —lo cual se extiende al contexto latinoamericano, y de manera muy especial al de los Estados Unidos, justamente donde surgió y se desarrolló ese paradigma del pensamiento social y político—, degradando la política y haciendo que los partidos pierdan credibilidad en la población.

Estos principios éticos, en el caso de Bosch, no se reducen al plano discursivo, incluso llegaron al nivel de cátedra —tanto en el género del cuento y de sus alocuciones radiales, como en sus escritos—; además, formaron parte de su vida cotidiana. En este sentido, Alejandrina Germán señala que Juan Bosch “no sólo ha dado lecciones de moral a través de sus escritos. Él es testimonio viviente de decoro, dignidad, vocación de servicio y patriotismo” (p. 169). Por su parte, Pedro Justo Castellanos plantea que “la vida toda de Don Juan, como ciudadano, y especialmente como político, es un ejemplo de sencillez, sensibilidad, austeridad, amor a su pueblo y a su patria, y una honestidad auténtica que, como tal, es radical, intransigente, responsable, vigorosa” (p. 211). En efecto, de todos es conocido su poco apego al dinero y a los bienes materiales; su sencillez como escritor y como político. Cuando ejerció la Presidencia de la República, en 1963, introdujo medidas de austeridad y de lucha contra la corrupción, las cuales causaron la crítica de la oligarquía dominicana, acostumbrada a la ostentación y al derroche, como capital simbólico del poder, que durante 31 años había practicado la dictadura de Trujillo.

No he podido olvidar cuando, siendo yo estudiante universitario, a finales de 1966, lo visité por primera vez en su apartamento de Madrid —donde iniciaría una fecunda producción

intelectual, aunada a un importante proceso en la evolución de su pensamiento—. Tuve que esperarlo unos minutos y me llamó enormemente la atención que el ex presidente dominicano —una de las figuras más prominentes en el plano internacional en esos años, por el papel que había jugado en defensa de la soberanía nacional a raíz de la ocupación militar de Estados Unidos en 1965— se encontraba devolviendo a su vecino nada menos que un martillo prestado. Ése era Juan Bosch. Ése era su estilo de vida, que lejos de la demagogia que le atribuían sus opositores políticos, mismos que nunca llegaron a comprenderlo, con el paso de los años logró reconocimiento y se constituiría en un emblema más y un soporte de admiración y respeto, aun de parte de sus propios adversarios políticos. En julio de 1989, el prestigioso semanario *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical del periódico mexicano *El Día*, le dedicó su edición, bajo el título “Juan Bosch: medio siglo de dignidad”, justamente para destacar su perfil biográfico y la evolución de su pensamiento político, y para dar a conocer algunos de sus cuentos y escritos. Pero en verdad son variados los reconocimientos otorgados a Juan Bosch en los últimos años por instituciones universitarias y gobiernos de países de América Latina.

LA DEMOCRACIA

La tercera parte del libro consta de once trabajos cuyo tema central es la democracia, eje central de la vida y actividades políticas de Juan Bosch. En su lucha por la democracia fundó dos partidos políticos, escribió varios libros y recorrió prácticamente todos los países latinoamericanos y del Caribe, lo mismo que Estados Unidos y la mayor parte de Europa, sin excluir a Asia, donde viajó en 1969, en busca de la Verdad, como escribió en su notable ensayo “Viaje a los antípodas”.⁸ Su lucha por la democracia lo llevó al destierro, a conocer el exilio, la cárcel, los atentados y la persecución política, pero también lo llevó a

⁸ Cf. Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1980.

realizar las más importantes y profundas investigaciones histórico-sociales de República Dominicana, con el único objetivo de intentar una explicación científica al porqué del fracaso, en pleno siglo xx, de la existencia de un régimen democrático en el país. Fueron esos intereses los que lo movieron a investigar y escribir, entre otras obras y de manera muy especial, *Composición Social Dominicana*, libro que incluso permite explicar el fracaso de su intento por instaurar un gobierno democrático representativo en 1963, lo que lo llevaría a desarrollar una nueva propuesta política, acorde con los requerimientos del desarrollo histórico-social dominicano. Esa propuesta sería conocida en su tesis, *El próximo paso: dictadura con respaldo popular*.

El apartado sobre la democracia, que incluye sugerentes trabajos de análisis sobre la gestión de su gobierno en 1963, se inicia con un interesante capítulo de Franklin Almeida Rancier en el que se establece la conexión entre el Juan Bosch político y el literato. En su trabajo Almeida Rancier plantea que, contrario a lo que se suele sostener, no existe una separación entre el literato y el político. No es cierto que el político se impuso al literato, sino más bien que hay una continuidad entre el literato y el político. Creo que esto se explica perfectamente bien a partir de lo que ya hemos planteado sobre la dimensión transdisciplinaria de la obra de Juan Bosch, donde difícilmente puede lograrse la segmentación de ambas disciplinas. En un sujeto transdisciplinario la música, la poesía y la plasticidad permean toda su producción, aun aquélla de mayor rigor científico. En el libro *El Capital* de Carlos Marx, por ejemplo, hay elementos filosóficos y sociológicos, contrario a lo que ocurría en las obras de economistas clásicos como Adam Smith o David Ricardo. En las obras arquitectónicas del renacimiento, cuando los arquitectos tenían una formación humanista transdisciplinaria, estaban presentes la plasticidad, la música, la poesía; algo muy diferente a lo sucedido con el desarrollo del capitalismo y la fragmentación del conocimiento, en los que el arquitecto suele ser un especialista en arquitectura, pero nada más. Juan Bosch era un especialista de las ciencias políticas, pero ellas nunca le sustrajeron su sensibilidad estética y social, las cuales había desarrollado en la literatura y sabía exponer incluso en la escultura y la poesía. Toda esta

sensibilidad se resumía en la honestidad y la dignidad, máximo legado que nos dejó el eminente pensador dominicano.

Antes de concluir, me gustaría referirme al fino diseño de la edición del libro. Un trabajo profesional del más alto nivel y calidad, con mucha plasticidad y estética, cuya portada lo hace sumamente atractivo al lector; cualidades no siempre alcanzadas.

Como antesala de mi conclusión, haré mías las preciosas palabras de Minou Tavárez Mirabal, cuando escribe: "Permítanos agradecerle, Don Juan, querido Profesor, por dedicar su magisterio a la tarea noble, fecunda y hermosa de construir, con su palabra y con su obra, un mejor planeta. Gracias por su creación literaria, histórica y política. Gracias por el testimonio de su vocación inquebrantable de servicio, y gracias por el ejemplo de una vida de dignidad y de decoro" (p. 50).

Para terminar la presentación de esta obra monumental y enciclopédica, como debía ser un libro de este tipo sobre Juan Bosch, permítanme recordar lo que manifestara el ex presidente Leonel Fernández: "no todos los pueblos tienen el privilegio de contar entre sus hijos a un gigante de las ideas y de la acción como lo es el Profesor Juan Bosch". A ello sólo agregamos que un pueblo que produce a una figura con la estatura humana, intelectual e internacional de Bosch, y la calidez y sencillez que lo caracterizarían, es un país al que le aguarda un futuro con múltiples caminos, y con la visión constructiva que siempre tendría nuestro querido e inolvidable Profesor.

PABLO A. MARÍNEZ
Bella Vista, Santo Domingo

Aarón Gamaliel Ramos y Ángel Israel Rivera, *Islands at the Cross-roads. Politics in the Non-Independent Caribbean*, Kingston-Boulder, Ian Randle Publishers/Lynne Rienner Publishers, 2001, 190 p.

Dedicado a Carmen Gautier Mayoral, impulsora del estudio de los territorios coloniales caribeños como uno de los temas importantes del debate regional, este libro reúne diez trabajos escritos en diversos momentos —varios de ellos publicados previamente en revistas especializadas— que ofrecen una visión

de la compleja situación del Caribe no independiente. A diferencia del periodo posterior a la guerra, de gran autonomía y con cierto grado de desarrollo económico y social, en los últimos años tales territorios han desembocado en lo que los autores consideran una encrucijada, aunque en algunos de los casos revisados pareciera más bien tratarse de un callejón sin salida.

Los textos están vinculados por la idea de que el nuevo orden regional —caracterizado por los cambios en el interés geopolítico de los poderes metropolitanos y el nuevo escenario económico en el Caribe— ha llevado a los 12 territorios no independientes a nuevos problemas y retos. Los artículos reflejan la incertidumbre y el dilema que enfrentan esos territorios.

Aaron G. Ramos ofrece en la introducción un primer panorama, destacando determinados cambios que han marcado el nuevo contexto. En primer lugar, al respecto de la política colonial, señala la reorientación, de la concepción estratégica de la región, en contraste con aquella vigente durante los años de la guerra fría, la cual implica la discusión del *status* y de la importancia militar del patrullaje para controlar el tráfico de drogas, así como el problema migratorio. Resalta en este punto la coordinación entre los poderes europeos y norteamericano. En segundo lugar, Ramos destaca que los factores económicos juegan un papel importante. Los territorios coloniales alcanzaron un grado de desarrollo por encima del de sus vecinos independientes, atados a la economía metropolitana o integrados al mundo capitalista a través del turismo y las actividades financieras. Por último, subraya la consolidación de una ideología neoconservadora en Europa y en los Estados Unidos que ha puesto en entredicho los términos del acuerdo colonial. Además, si la naturaleza de la política colonial ha variado, lo mismo ha ocurrido también con los conflictos internos en los territorios coloniales.

Vale la pena leer este libro porque ofrece un panorama del Caribe contemporáneo. Dos capítulos se refieren a la relación Estados Unidos-Puerto Rico. En ellos se exploran, por una parte, las alternativas que tiene la isla en el nuevo orden regional, donde el reto es la transformación del *status* político para alcanzar una mayor prosperidad económica; probablemente —sostienen los autores— no se avanzará hacia una reorganización que desemboque en la soberanía, pero es factible que se alcance un cambio

gradual en algunas áreas económicas importantes. Puerto Rico podría aprovechar la ventaja comparativa que tiene en el contexto regional. Por otra parte, se analiza el papel de la cultura (en constante transformación y con muchas diferencias y diversas identidades), así como el de la identidad cultural, para el cambio político y la autodeterminación.

Los siguientes tres capítulos examinan el Caribe francés. El primero hace un repaso de cincuenta años de descolonización a través de la reforma administrativa, y subraya las contradicciones existentes entre la administración central y la local. También hace referencia al binomio prosperidad económica-dignidad cultural, lo que lleva inevitablemente a la pregunta de si es posible preservar esa dignidad cultural en ausencia de la soberanía política. El segundo trabajo se centra en la experiencia de Guadalupe y Martinica como departamentos de Francia. Enfatiza las conexiones entre lo político y lo económico para mostrar la complejidad de un proceso que afecta todos los niveles de la sociedad. El autor explica la conformación de la dependencia económica y la participación de las élites políticas en ella para legitimar su acción, así como la trampa que tendió dicha dependencia obstaculizando el desarrollo de las Antillas francesas. El tercer trabajo estudia la situación de tales Antillas frente a la Comunidad Europea, un tema político central a raíz de la elección presidencial de François Mitterrand. Se devela en este texto el trasfondo histórico de una indiferencia previa ante la construcción de la Comunidad Económica Europea y sus consecuencias. El resultado ha sido el aumento de la dependencia económica y política.

Rita Giacalone y Armando Lampe se ocupan del Caribe holandés. Las discusiones acerca de cuestiones constitucionales y el funcionamiento del sistema político son los asuntos examinados en el primero de los capítulos, en tanto que, en el segundo, su autor se ocupa del proceso de descolonización en Aruba, así como del proceso de recolonización, tanto en atención a los intereses de la metrópoli como a los de la colonia.

El noveno artículo ofrece una revisión de la política británica con respecto a sus posesiones. A diferencia de otras colonias que reciben ayuda de sus metrópolis, las británicas —con excepción de Monserrat— dependen apenas del poder metropolitano. Su incorporación a los circuitos turísticos y financieros las ha hecho

más independientes de dicha ayuda, y aunque en algún momento ello apuntara a cuestionar la dependencia política, la descolonización no está por el momento en la agenda política.

Los últimos dos trabajos se dedican a la participación de los países no independientes en las Naciones Unidas y a repensar esta problemática, retomando los problemas que afectan a los territorios y proponiendo una búsqueda de nuevos caminos que den salida a la cuestión colonial en la política caribeña contemporánea.

Todos los trabajos reunidos muestran, cada uno desde una perspectiva particular, una percepción poco alentadora del futuro colonial de los países no independientes del Caribe, aun de aquellos que parecían contener situaciones esperanzadoras. La independencia, por otra parte, no se ve como una posibilidad y mucho menos está asociada a las ventajas que se daban por sentado en otros momentos y casos.

Quisiera añadir, para terminar, que la realidad de los últimos años, a partir de la situación en Vieques, ha rebasado algunos planteamientos del texto; no obstante ello, se trata de una contribución importante a un tema desatendido en los estudios dedicados al proceso descolonizador y de formación nacional, o a la propia Revolución Cubana. Su vigencia como asunto relevante en el debate regional sigue estando justificada, porque los territorios coloniales han llegado a un *impasse* en el camino del desarrollo, al tiempo que no han encontrado los senderos hacia la descolonización.

Laura Muñoz
Instituto Mora/AMEC

Joseph S. Tulchin and Ralph H. Espach, *Security in the Caribbean Basin*, Colorado, Woodrow Wilson Center current Studies on Latin America/Lynner Rienner Publishers, 2000.

Puesta en perspectiva, la Cumbre de Bridgetown significa el inicio de una nueva relación estratégica entre los Estados Unidos (EE.UU.) y el Caribe. De esa reunión entre EE.UU. y 14 naciones insulares integrantes de la Comunidad del Caribe (Caricom,

por sus siglas en inglés),¹ realizada en la capital de Barbados en mayo de 1997, surgió un plan de acción en dos temas fundamentales para las relaciones intrarregionales: la cooperación económica y los problemas de seguridad regional. En este documento EE.UU. dejó en claro que su agenda de seguridad en el Caribe había cambiado y que, además, estaba redefiniendo su política de seguridad hacia la región.

La Cumbre de Bridgetown descubrió también el sentimiento de desamparo que poseen los gobiernos de las naciones integrantes de la Caricom. Para estos gobiernos, el interés de Washington sobre el Caribe menguó con el fin de la Guerra Fría, tal y como lo demuestra la reducción en la ayuda económica (de 225 millones de dólares en 1985 a 86 millones en 1996), la clausura de la misión regional de asistencia de Estados Unidos en Barbados, el menosprecio de Washington hacia las advertencias hechas por algunas naciones caribeñas, primero, respecto a los efectos negativos que sobre sus economías ha tenido el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y, después, respecto a la guerra de Washington por el mercado del banano en Europa.

A William Clinton le correspondió el diseño de una nueva estrategia de seguridad nacional para EE.UU. en el nuevo sistema internacional. Ésta incluyó como instrumento fundamental una política exterior apoyada en bases económicas, desplazando, sin sustituir, a la política diplomática y militar tradicionales. México fue el principal aliado de Clinton para afianzar su estrategia de seguridad nacional, primero con el TLCAN y después con el apoyo que le brindó a este país para la corrección de su crisis financiera a principios de 1995.

El cambio en la visión de seguridad nacional de EE.UU. presupone al menos tres elementos clave: modificación de las prioridades de seguridad nacional, cambios en los temas prioritarios de la agenda internacional y cambios en la formulación de la política internacional. Ahora bien, ¿Cómo se han aplicado esos cambios en las relaciones de EE.UU. con la Cuenca del Caribe?

¹ Las naciones integrantes del Caricom son: Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Granada, Guyana, Jamaica, St. Kitts y Nevis, Santa Lucía, San Vicente y Grenadinas, Surinam, Trinidad y Tobago. República Dominicana y Haití participan como observadores.

¿En realidad el Caribe está por entrar en una nueva relación estratégica con la potencia hegemónica? ¿Qué ha ocurrido con la visión geopolítica de Mahan, que guió la política exterior de Washington hacia la región?

Las respuestas a estas preguntas podemos encontrarlas en el libro *Security in the Caribbean Basin*, coordinado por Joseph S. Tulchin y Ralph H. Espach, un trabajo colectivo en el que colaboran expertos en seguridad nacional, oficiales militares de EE.UU., académicos y funcionarios gubernamentales de diferentes países de la región Caribe. Los artículos incluidos fueron presentados originalmente en dos talleres internacionales sobre seguridad en la Cuenca del Caribe patrocinados por la *Eastern Caribbean Regional Security System (RSS)* y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) República Dominicana y organizados directamente por el Programa *Peace and Security in the Americas* (del Woodrow Wilson International Center [WWIC]) y FLACSO.

El objetivo central de la obra es presentar un análisis de la seguridad regional y de las posibilidades de cooperación en materia de seguridad en el sistema internacional de la posguerra fría. Los especialistas del WWIC, Tulchin y Espach, lanzan la pregunta cómo son las relaciones Estados Unidos-Caribe en materia de seguridad en la posguerra fría. Para ellos, el tema de la cooperación en materia de seguridad no es nuevo, lo novedoso es la agenda de seguridad regional. En la posguerra fría, los temas específicos son narcotráfico, migración, lavado de dinero, desastres naturales, comercio y contaminación ambiental, principalmente. La inédita situación regional ha modificado las estrategias y mecanismos de cooperación en materia de seguridad. Hoy la premisa es "mejor trabajar unidos que ir solos". Esta posición ha sido impulsada por EE.UU., quien acepta que la cooperación es lo mejor para todos los países del área, a pesar de su posición tradicional de liderazgo hegemónico e imposición militar. Por otra parte, Tulchin y Espach concluyen que las actuales circunstancias hacen de la cooperación en seguridad una política opcional más que imperativa, es decir, las negociaciones son un punto importante en el diseño de los modelos de cooperación, que ya no son los modelos establecidos por la potencia hegemónica según sus propias necesidades de seguridad global.

La concepción de la seguridad regional ha pasado por diferentes etapas. La primera concepción fue diseñada por Alfred Thayer Mahan y consistió en resaltar la importancia de establecer la superioridad naval como un elemento clave del mantenimiento de una estrategia global de expansión comercial y de relaciones estratégicas en el Caribe. La región era para él una zona estratégica, pues representaba la conexión y enlace entre los océanos Atlántico y Pacífico (con su punto nodal en el istmo centroamericano), y entre el Norte y el Sur del continente americano. La interpretación geopolítica que Mahan dio al Caribe tuvo profundas implicaciones para la seguridad de los países del área, muestra de ello es que el dominio hegemónico de EE.UU. estuvo basado en el desinterés, el racismo y el paternalismo sobre los asuntos del área, a la cual consideraban un “lago americano”.

Durante la Guerra Fría, los estrategas estadounidenses vieron con especial preocupación los acontecimientos políticos y económicos que ocurrían en la cuenca del Caribe. El temor por la propagación del comunismo —en especial después de la Revolución Cubana— condujo a EE.UU. a invertir una gran cantidad de recursos en el Caribe para apoyar a sus aliados anticomunistas. Con el triunfo de la Revolución en Cuba, EE.UU. diseñó diferentes programas de financiamiento para el desarrollo económico. Ejemplos de esos programas fueron la Alianza para el Progreso de 1961, creada por el presidente John F. Kennedy, y la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (icc) de Ronald Reagan, en 1982.

El fin de la Guerra Fría dio paso al nacimiento de un sistema internacional distinto, en el cual el orden geopolítico es unipolar (con el centro hegemónico global en EE.UU.), en tanto que el orden geoeconómico es multipolar. Esta división compleja del sistema internacional tiene profundas repercusiones en la política exterior estadounidense, así como en las relaciones Estados Unidos-Caribe, especialmente en la estrategia regional de cooperación. A pesar de lo anterior, en el Caribe parece sustituirse la visión de seguridad con base en los conflictos militares interestatales, por otra basada en problemas menos institucionalizados y en la actual agenda de las “nuevas” amenazas transnacionales. Esta agenda exige mecanismos diferentes de acción estatal, así como nuevos compromisos de coordinación, cooperación y de aproximación entre los países.

Contrario a lo que pudiera suponerse, el *nuevo orden mundial* no es ni estable ni pacífico, además de que EE.UU. no ha decidido instalarse ahí como la superpotencia global. Lo anterior se debe a que este país se ha esforzado en solucionar sus problemas internos (crisis económica) y en atender la conducción de su crecimiento económico global. Su política internacional ha sido prácticamente de aislacionismo de los asuntos de cooperación multilateral en los organismos intergubernamentales y de la cooperación asistencial para los países pobres. Asimismo, esta política internacional carece de agenda y estrategias claras de acción como las tuvo durante la Guerra Fría —durante esa etapa la lucha contra el comunismo internacional era el argumento ideológico cohesionador en la política interna estadounidense, sin embargo hoy este argumento resulta poco operativo.

Sin una agenda estratégica ni un esquema de objetivos consistente, otros actores han hecho su aparición como formuladores de la política exterior de EE.UU. Grupos empresariales, empresas multinacionales y grupos de interés se han vuelto nuevos adeptos a cabildear (*lobbying*) en el Congreso para promover sus problemas específicos. De esta manera, la política de EE.UU. hacia el Caribe ha sido particularmente vulnerable a las presiones de diferentes agrupaciones de migrantes y organizaciones no gubernamentales (ONG). Un ejemplo claro es el trabajo de las comunidades de migrantes cubanos, haitianos, puertorriqueños y jamaicanos que han influido en el trato que EE.UU. da a los países de la región, aun cuando estas comunidades ya no tengan ninguna capacidad de influencia en los asuntos internos de sus países de origen.

Así pues, todo parece indicar que la agenda de seguridad de EE.UU. en el Caribe no está motivada por la negociación con los ejércitos ni por el trabajo político multilateral con los gobiernos de la región, sino por las redes multinacionales del crimen organizado, los riesgos de nuevas crisis económicas o los desastres naturales. Este tipo de temas han vuelto obsoletas muchas tácticas de seguridad usadas durante más de un siglo. En su artículo *The New Security Agenda in the Caribbean: The Challenge of Cooperation*, Francisco Rojas Aravena afirma que el concepto seguridad no puede ser observado desde una sola perspectiva (estratégica, geopolítica, de la amenaza común), sino como una

unidad político estratégica. En este sentido, la necesidad de coordinar políticas subregionales que atiendan problemas de seguridad y defensa es crucial, a pesar de la naturaleza política de los regímenes en cada país del área.

Por otra parte, aunque EE.UU. sigue apoyando sus intereses económicos y políticos en el área, los instrumentos de su política exterior son mayoritariamente económicos y menos militares. Desde el punto de vista de Jorge Duani, *The Fear of Illegal Aliens: Caribbean Migration as a National and Regional Security Threat*, la desaparición de la amenaza comunista ha reducido para EE.UU. y las potencias metropolitanas de Europa la necesidad de la defensa militar de un enemigo extracontinental —amenaza extra-hemisférica—, disminuyendo con ello la importancia geopolítica del Caribe. Desde la perspectiva estadounidense, afirma, la Cuenca del Caribe ha dejado de ser una fuente potencial de subversión ideológica e inestabilidad política, para convertirse en una zona de tránsito de drogas, lavado de dinero, tráfico de armas, fraudes transnacionales, además de otras amenazas que trascienden las fronteras.

EE.UU. identifica una serie de peligros transnacionales —que simultáneamente son los temas de la nueva agenda de seguridad regional— sobre los cuales enfoca su política exterior. Al mismo tiempo que rediseña su política exterior, también le incorpora novedosos instrumentos de acción internacional que son esencialmente económicos. Podemos mencionar como ejemplos de lo anterior las promesas y amenazas de desembolsar o detener ayuda económica, la habitual inclusión de condiciones en los paquetes de ayuda y asistencia a los países pobres, la manipulación de tarifas al comercio exterior y la influencia y manipulación de los organismos financieros multilaterales para ejercer presión en los gobiernos considerados poco cooperativos.

Con la intención de atender otro tipo de riesgos, el gobierno de EE.UU. ha manifestado que para la formulación de nuevas estrategias prefiere la actitud cooperativa y no la cooperación forzada de los países de la región. Ha mostrado en diferentes ocasiones su deseo por un modelo de cooperación con los países del Caribe en el que realice actividades de bajo perfil y en el cual los costos internos de estas acciones resulten mínimos. Esta

actitud le abre a EE.UU. una oportunidad inusual para mantenerse involucrado en la conducción de la agenda de seguridad regional del Caribe, además de que le permite crear un discurso inédito con el cual se declara, finalmente, como país caribeño —a pesar de que la mayor parte de los estadounidenses, incluidos los políticos, no son capaces de ubicar a las Islas Vírgenes en un mapa, ni tampoco en qué dirección está la isla de Nassau (Rafael Hernández, *Cooperation in the Caribbean: The Cultural Dimension*).

Como Humberto García Muñiz señala en su artículo *The United States and the Caribbean at Fin de Siècle: A time of Transitions*, por primera vez desde su independencia, EE.UU. es la potencia hegemónica en el Caribe, por lo que subordina las políticas de seguridad regional a sus necesidades de seguridad global. Un ejemplo de lo anterior es el tráfico de drogas (amenaza transnacional no militar). En este tema de seguridad nacional, EE.UU. aseguró la colaboración de los países del Caricom en la persecución y captura de narcotraficantes y embarques de droga que circulen en espacio aéreo y marítimo de estos últimos. En compensación, prometió promover la modificación de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe respecto a la ampliación de tarifas preferenciales de comercio a productos excluidos en el programa (textiles y artículos de cuero). La negociación consistió, básicamente, en la cooperación y apoyo a la actual política antidrogas estadounidense a cambio de una promesa sin garantía de ampliación de apoyos comerciales.

El narcotráfico es uno de los principales desafíos para la seguridad nacional de los países del Caribe ¿Por qué?, Iverlaw L. Griffith (*Drugs and the Emerging Security Agenda in the Caribbean*), responde: primero, porque la seguridad nacional es multidimensional, es decir, las amenazas a la seguridad nacional no sólo provienen de la posibilidad de un ataque militar externo o interno, sino de fenómenos —como el tráfico de drogas prohibidas— que vulneran la estabilidad social y a las instituciones políticas y sociales; segundo, porque el narcotráfico opera en diferentes frentes (producción, procesamiento, distribución, consumo, lavado de dinero, corrupción, etcétera) y lugares al mismo tiempo, lo cual lo convierte en la principal amenaza de seguridad nacional para muchos países; tercero, debido a las dos realidades anterio-

res, el narcotráfico no puede ser combatido de manera aislada por los países (capacidad individual); y, finalmente, la cooperación internacional no es tampoco en sí misma una solución inmediata, ya que ésta presenta varios retos.

Otro tema de seguridad regional en el que EE.UU. ha puesto suma atención es el de la inmigración indocumentada. Este asunto es abordado por Jorge Duany (*The Fear of Illegal Aliens: Caribbean Migration as a National and Regional Security Threat*) y por Lilian Bobea (*Migratio and Regional Security: Besieged Borders and Caribbean Diasporas*), quien señala en su trabajo que la inmigración en general es una respuesta a la crisis económica por la que ha atravesado la región durante décadas, aunque es hasta años recientes que EE.UU. la declara como una amenaza (si bien no militar) para su seguridad nacional. La respuesta que ha dado Washington a este fenómeno ha tomado diferentes vertientes que van desde el endurecimiento de la normatividad migratoria, hasta el incremento en los gastos militar y policiaco para contener los flujos permanentes de indocumentados caribeños y latinoamericanos. EE.UU. es el principal afectado de la inmigración indocumentada a gran escala, sin embargo, este fenómeno también se presenta entre las naciones del Caribe. La inmigración indocumentada ha generado a su vez la necesidad de diseñar una política regional que atienda el fondo del problema. Esta política regional, concluye, avanzará necesariamente hacia la apertura a los flujos migratorios, tal y como ha ocurrido en la Unión Europea.

Por su parte, Lilian Bobea considera que los flujos internacionales de personas han modificado la percepción de las fronteras estatales, cuestionado el concepto de soberanía y redefinido los valores sociales de las comunidades en el extranjero. Estas características han colocado al tema de la inmigración internacional en la primera línea de los asuntos de seguridad nacional de muchos países, en especial para las naciones receptoras. Se debe definir a la inmigración como un fenómeno transnacional en el que intervienen diferentes actores, tanto estatales, como institucionales y nuevos actores no estatales (grupos de interés, comunidades políticas, ONG, organizaciones ciudadanas, entre otros) y en el que se hace impostergable el diseño de políticas y la creación de instrumentos de negociación y cooperación. En el

esquema de análisis del Estado-nación, la definición de la inmigración ha impuesto soluciones tradicionales (promulgación de leyes y reglamentos cada vez más estrictos, así como la aplicación de medidas policíacas y militares aún más violentas) que en el actual sistema internacional ya no son totalmente eficaces.

Así pues, el narcotráfico y la migración ilegal —además de los otros riesgos para la seguridad regional en el sistema internacional de la posguerra fría— requieren de una interpretación regional para erradicarlos. Desde la perspectiva de Rudyard Lewis (*Initiatives for Cooperative Regional Security: The Eastern Caribbean Regional Security System*) se requiere establecer una política para la cooperación global, en la que poco a poco se vaya cediendo parte de la soberanía nacional por el bien de la región en su conjunto. Reconoce que si bien existe el sentimiento de pertenencia al Caribe, muchos países condicionan a su interés nacional la lealtad hacia un trabajo conjunto contra los problemas de seguridad regional. Esta falta de compromiso total proviene, aparentemente, de sus malas experiencias integracionistas de la década de los sesenta —al menos en el caso de las Indias Occidentales—, de las diferencias políticas e ideológicas, y de las disparidades en el desarrollo económico de las naciones del área.

Los compromisos asumidos por los países de la Cuenca del Caribe para crear una agenda de seguridad regional son de diferentes niveles. República Dominicana, por ejemplo, ha sido profundamente influenciada por la política internacional de EE.UU., por lo que su actitud ha sido de alianza y colaboración plena. El general José Noble Espejo (*A Call for the Redefinition of Regional and National Interest*) enumera en su artículo los temas de colaboración regional en los que participa República Dominicana y considera que las acciones y acuerdos firmados entre varios países deben ser evaluados como acciones multirrelacionales (*multi-relational*), es decir, acuerdos de un grupo con un Estado individual y viceversa.

Otro ejemplo es Cuba, nación que desde 1959 ha sido excluida de los acuerdos de cooperación continentales (hemisféricos como el Sistema Interamericano, el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas [ALCA]), regionales (Acuerdo Latinoamericano de Integración, Grupo de Río) y subregionales (Caricom, Pacto de

San José). La reintegración de Cuba al Caribe –iniciada en 1987 con el establecimiento de relaciones con República Dominicana– ha sido fragmentada a través de iniciativas multilaterales y bilaterales que corresponden a áreas específicas de colaboración. Según Isabel Jaramillo Edwards (*Initiatives for Cooperative Regional Security: Reintegrating Cuba into Regional Projects*) esta política de Cuba hacia a la región es flexible, pues le permite desenvolverse en un medio ambiente internacional cambiante sin agravar aún más su relación con EE.UU.

Por último, Aruba ha trabajado por la creación de un sistema regional de información que ayude a combatir las amenazas a la seguridad regional, que para el gobierno local de la isla son la carencia de oportunidades económicas y de desarrollo para los pequeños países insulares, los carteles de la droga y las enfermedades epidémicas. Para Wattie Vos, fiscal general de Aruba (*The New Caribbean Security Agenda*), el intercambio de información podría brindar soluciones a tales problemas o, por lo menos, iniciar el trabajo en soluciones basadas en el conocimiento adquirido de la experiencia en otros países.

Al observar las posturas asumidas por República Dominicana, Cuba y Aruba frente a la cooperación en materia de seguridad regional, encontramos claras diferencias en cuanto a la percepción de la agenda de seguridad. Aunque en sentido general hay coincidencia en la identificación de las amenazas regionales, no existe consenso en cuanto a las tácticas y estrategias para combatirlas. Desde el punto de vista de Anthony Maingot (*Changing Definitions of "Social Problems" in the Caribbean*), el compromiso que asumen los países del Caribe, al igual que EE.UU., está profundamente influenciado por la jerarquía de valores y preferencias de cada sociedad. Por ejemplo, para algunas naciones de la región, el consumo de drogas es un problema de moral individual, de perversidad individual, merecedora de lástima o de la condena religiosa. Esta percepción contrasta con la de EE.UU., la cual define al consumo de drogas como un problema social que genera violencia callejera, corrupción de autoridades locales, presión sobre los servicios sociales –en especial los servicios de salud– y, por ello, EE.UU. está intentando cambiar la apreciación de valores jerárquicos que dominan en varias islas del Caribe. Es un proceso lento y doloroso.

Sin embargo, continúa Maingot, la moral religiosa en algunas islas no frenó el narcotráfico, por el contrario, sólo fue una forma de cerrar los ojos ante un peligro regional que la política de la Guerra Fría cultivó y escondió. Prueba de lo anterior es que el tráfico de cocaína y heroína entre Cuba y Colombia existió desde la década de los cuarenta. La Revolución Cubana dio fin a esa actividad ilegal en la isla. Luego de su expulsión, los antiguos operadores de ese comercio oscuro se trasladaron a Miami donde establecieron su centro de operaciones. Desde esa ciudad se encargaron de influir en la política agresiva de EE.UU. hacia Cuba, además de continuar con el contrabando de drogas y de armas hacia los países productores, especialmente Colombia. Washington no tomó ninguna acción para impedir el crecimiento del tráfico de drogas en Miami, pues su principal preocupación era la Guerra Fría. Además, tampoco actuó contra el narcotráfico en Bahamas, país que desde la década de los setenta ha sido considerado como un "país en venta".

Una pregunta que hace Maingot es si las amenazas que representan las actividades del crimen organizado -los traficantes de drogas, entre otros— permitirán la continuación de la estabilidad política en las islas o, por el contrario, las nuevas preferencias que adopten las elites locales servirán para luchar contra esos problemas.

En resumen, el libro *Security in the Caribbean Basin* aporta originales ideas para el estudio de la seguridad regional y de las estrategias actuales para alcanzar la estabilidad en el Caribe. De la misma manera, es una obra para discutir si las amenazas, no tan nuevas, que enfrentan las naciones del Caribe en la posguerra fría son suficientes para integrar una política de cooperación multilateral o, si se trata en cambio de las preocupaciones de la agenda de seguridad nacional de EE.UU. en su nacimiento como República Imperial.

JUAN CARLOS ARRIAGA RODRÍGUEZ
Universidad de Quintana Roo